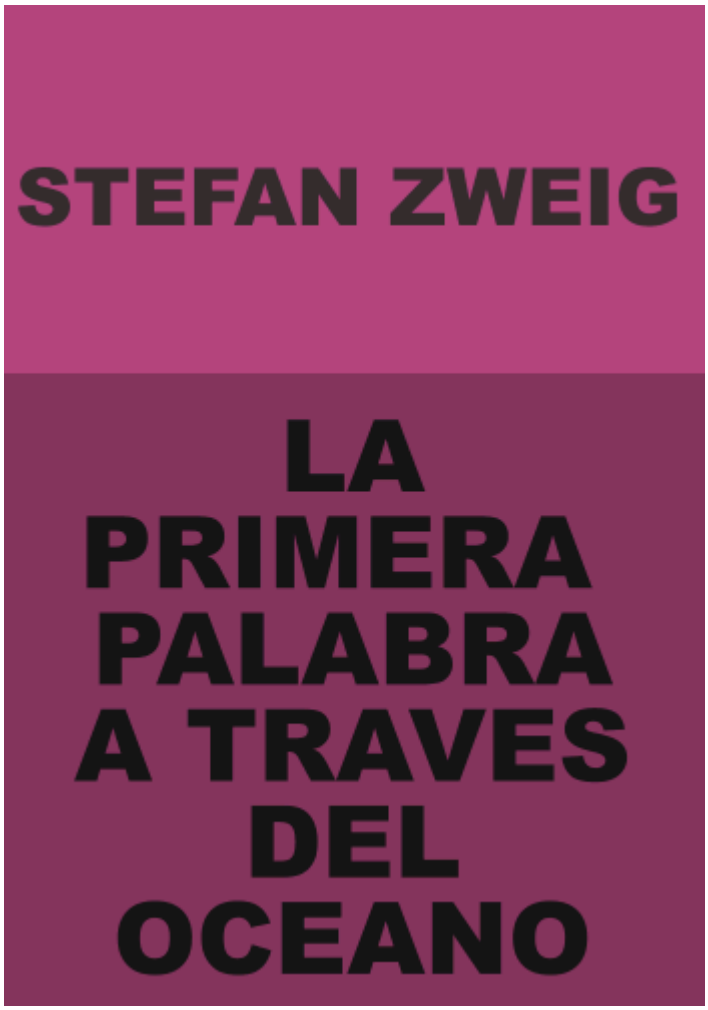
LIBRO dot.com

LA PRIMERA PALABRA A TRAVES DEL OCEANO

STEFAN ZWEIG



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL RITMO NUEVO

En miles y acaso centenares de miles de años, desde que el extraño ser llamado hombre pisa la tierra, no existió otra medida máxima de la traslación humana que el correr del caballo, el rodar de las ruedas y la velocidad alcanzada por embarcaciones de remo o vela. La plétora del progreso técnico dentro del estrecho espacio iluminado por la conciencia que llamamos la historia mundial, no produjo un aceleramiento sensible del ritmo de los movimientos. Los ejércitos de Wallenstein apenas adelantaron más rápidamente que las legiones de César ni se precipitaron más velozmente los ejércitos de Napoleón que las hordas de Gengis Khan. Las corbetas de Nelson atravesaron el mar muy poco más ligeras que los botes piratas de los vikings y las embarcaciones mercantes de los fenicios. Lord Byron no cubre, en su viaje de Childe Harold, más millas diarias que Ovidio en su camino al exilio, ni viaja Goethe en el siglo XVIII mucho más cómoda o aceleradamente que el apóstol Pablo al comienzo de nuestra era. En tiempos de Napoleón, los países se hallan invariablemente alejados unos de otros, en el espacio y el tiempo, como bajo el imperio romano; sigue triunfante la resistencia de la materia sobre la voluntad humana.

Sólo el siglo XIX cambia fundamentalmente el ritmo y la medida de la velocidad terrestre. En el primero y segundo decenio, los pueblos y países se aproximan con más rapidez que lo que lo hicieran antes en milenios. Gracias al ferrocarril y el buque de vapor, los viajes de muchos días redúcense a un solo día de duración; las hasta entonces infinitas horas de viaje se cubren en cuartos de horas y minutos. Aun cuando este aceleramiento debido al ferrocarril y al vapor impresionó triunfalmente a les contemporáneos, tales inventos no escapan a la zona de la humana comprensión. Esos vehículos quintuplican, decuplican y multiplican por veinte las velocidades conocidas hasta entonces, y tanto la mirada exterior como el sentido interior pueden seguirlas y explicarse el milagro aparente. Pero los primeros efectos de la electricidad aparecen completamente inesperados por sus consecuencias. Un nuevo Hércules destroza ya en la cuna todas las medidas valederas y anula todas las leyes vigentes hasta entonces. Nunca podremos imaginarnos el asombro de aquella generación testigo de los primeros resultados obtenidos por el telégrafo, esa sorpresa entusiasta y formidable porque la chispa eléctrica, que ayer todavía apenas si cubría la distancia de una pulgada entre la botella de Leiden y el nudillo, adquiere de pronto una fuerza demoníaca que le permite saltar sobre países, montañas y continentes enteros. Asombra a aquella gente el hecho de que la idea aperas concebida, la palabra escrita, que no se haya secado aún, ya pueda ser recibida, leída, comprendida, en el mismo segundo, a miles de millas de distancia, y que la corriente invisible entre los dos polos de la minúscula columna voltaica pueda ser extendida sobre toda la tierra, de un polo hasta el otro; que el juguete de los físicos, ayer mismo sólo capaz de atraer, por la fricción de un vidrio, unos trocitos de papel, pueda ser aumentado y equivaler a millones y miles de millones de energías humanas y velocidades, llevando mensajes, moviendo trenes, iluminando casas y calles, flotando invisible por los aires, como Ariel. Sólo este invento ha producido la más decidida mutación de la relación temporal y espacial, desde: la creación de la tierra.

El histórico año de 1837, en cuyo transcurso el telégrafo permite la simultaneidad de la hasta entonces aislada experiencia humana, muy pocas veces hállase registrado en los textos escolares, que, desgraciadamente, consideran más importante la narración de guerras y victorias de generales y naciones aisladas que los triunfos verdaderos, por colectivos, de la humanidad. Y, sin embargo, no hay en la historia moderna una fecha de mayor trascendencia psicológica que esa renovación del valor del tiempo. El mundo ha cambiado desde que resulta posible saber simultáneamente en París lo que acontece en Amberes, Moscú, Nápoles

y Lisboa, en el mismo minuto. Sólo falta dar un paso último para incluir también a los demás continentes en aquella magnífica comunidad y para crear una conciencia colectiva de la humanidad entera.

Pero la naturaleza se resiste todavía a esa unión definitiva, le opone un obstáculo, y durante des décadas más quedan excluidos de aquella red los países que están separados por el mar. Pues mientras la chispa se propaga sin trabas, gracias a los aisladores de porcelana colocados en los mástiles telegráficos, el agua absorbe la corriente eléctrica. Es imposible dirigirla a través del mar, en tanto no se haya inventado un recurso para aislar totalmente los hilos de hierro y cobre en el líquido elemento.

En los tiempos de progreso, un invento le da la mano felizmente al otro. Pocos años después de la implantación del telégrafo continental, se descubre la gutapercha, el material más indicado para aislar las conducciones eléctricas en el agua. Entonces puede empezarse a empalmar al país más importante allende el continente, Inglaterra, con la red telegráfica europea. Un ingeniero de apellido Brett coloca el primer cable en el mismo lugar en que más tarde Blériot habrá de cruzar el Canal de la Mancha en avión. Un torpe incidente malogra el éxito inmediato, porque un pescador de Boulogne, creyendo haber pescado una anguila singularmente grande, arranca el trozo de cable ya colocado. Pero el 13 de noviembre de 1851 una segunda tentativa da el resultado apetecido. Desde entonces Inglaterra queda empalmada y, con ello, Europa transformada en la verdadera Europa, un ente que vive todos los acontecimientos de la época con un solo cerebro y un solo corazón, simultáneamente.

Tan enorme éxito obtenido en tan pocos años -¿pues qué significa una década sino un abrir y cerrar de ojos en la historia de la humanidad?- forzosamente ha de dar a aquella generación un coraje infinito. Todo cuanto se ensaya da buen éxito en un tiempo inimaginablemente breve. Al cabo de unos pocos años, Inglaterra está unida a su vez con Irlanda, Dinamarca con Suecia, Córcega con el Continente, y ya se sondea la posibilidad de extender la red al Egipto y luego a la India. Pero un continente, muy luego el más importante, parece condenado a quedar eternamente excluido de esa cadena universal: América. ¿Pues cómo habría que abarcar con un solo cable el océano Atlántico o Pacífico, cuya extensión infinita se opone a la instalación de estaciones intermedias? En aquellos años de infancia de la electricidad, todos los factores son ignorados todavía. Nadie ha medido la profundidad del mar, y sólo se tienen nociones poco exactas respecto a la estructura geológica del océano. Ningún ensayo ha sido hecho que permita saber si un cable colocado a semejante profundidad lograría soportar el peso de infinitas masas de agua. Y aun en el caso de que fuera técnicamente posible depositar tal cable infinito; seguro, en aquellas profundidades, ¿dónde hay un barco suficientemente grande como para transportar la carga de hierro y cobre constituida por un cable de dos mil millas de largo? ¿Dónde hay una dínamo de fuerza suficiente como para enviar una corriente eléctrica a través de una distancia que en vapor se cubre en no menos de dos o tres semanas? Faltan todas las premisas. Aun se ignora si en la profundidad del océano existen corrientes magnéticas que pudiesen desviar a las eléctricas; falta todavía un aislamiento eficaz y aparatos de medición adecuados. Sólo se conocen las leyes primitivas de la electricidad, que acaba de abrir sus ojos después de su secular sueño de inconsciencia. En cuanto alguien menciona el proyecto de un cable transoceánico, los entendidos lo rechazan resueltamente con un "imposible, absurdo". Los técnicos más atrevidos admiten que "quizás más tarde" pueda pensarse en semejante empresa. El mismo Morse, a quien el telégrafo de entonces debe su mayor perfeccionamiento, considera tal proyecto como una empresa incalculablemente audaz, pero agrega, profético, que en el caso de realizarse efectivamente la colocación de un cable transatlántico, este hecho sería el más glorioso del siglo, "the great feat of the century".

Para que se realice un milagro, o algo milagroso, siempre es preciso como primera condición que alguien tenga fe en ese milagro. El valor ingenuo de un hombre sin experiencia

puede dar el impulso creador precisamente en ocasiones en que los entendidos titubean, y como casi siempre, es también en este caso una simple casualidad la que genera esa empresa grandiosa. Un ingeniero inglés de nombre Gisborne, que en el año 1854 está dedicado a la tarea de colocar un cable entre Nueva York y el extremo este de América, Terranova, gracias al cual las noticias lleguen unos días antes que los vapores, tiene que interrumpir su tarea cuando apenas ha realizado la mitad de su proyecto, debido a que se han agotado sus recursos financieros. Se dirige entonces a Nueva York en busca de capitalistas. Se encuentra, gracias a la casualidad, madre de tantos hechos famosos, con un joven de nombre Cyrus W. Field, hijo de un pastor, quien ha progresado en sus negocios tan rápida y grandemente que siendo muy joven todavía ya pudo retirarse a la vida privada con una gran fortuna. Este desocupado que es demasiado joven y enérgico para permanecer en constante inactividad, es el hombre a quien Gisborne trata de conquistar para la terminación del cable entre Nueva York y Terranova. Cyrus W. Field -casi se diría, felizmente- no- es un técnico, un entendido. Desconoce los secretos de la electricidad, jamás ha visto un cable. Pero en la sangre del hijo del pastor está mezclada una confianza apasionada, y como norteamericano posee una audacia enérgica. Y mientras el ingeniero y perito Gisborne no considera sino el fin inmediato, la unión de Nueva York con Terranova, el joven, lleno de entusiasmo, ya ve mucho más lejos. ¿Por qué no extender ese mismo cable y comunicar Terranova, por un cable submarino, con Irlanda? Y con una energía dispuesta a vencer cualquier obstáculo -en esos años, realizó treinta y una veces el viaje a través del océano, de un continente a otro- Cyrus W. Field pone manos a la obra, férreamente resuelto a dedicar a ella, desde ese momento, todo lo que tiene dentro de sí y a su alcance. Con ello ya se ha producido el fenómeno gracias al cual una idea recibe la fuerza explosiva necesaria para la realización. La nueva fuerza milagrosa, la electricidad, se ha mezclado con el elemento dinámico más fuerte de la vida: la voluntad humana. Un hombre ha encontrado su misión vital, y una misión ha encontrado a ese hombre.

LOS PREPARATIVOS

Cyrus W. Field comienza su actuación con una energía increíble. Toma contacto con todos los hombres del oficio, importuna a todos les gobiernos solicitando concesiones, lleva a cabo en ambos continentes una campaña para reunir los capitales necesarios y es tan grande el impulso que parte de ese hombre, tan apasionada su convicción interior, tan potente la fe en la nueva fuerza milagrosa de la electricidad, que en el término de pocos días queda totalmente subscrito, en Inglaterra solamente, el capital inicial de 350.000 libras esterlinas. Resulta suficiente invitar a los comerciantes más ricos de Liverpool, Manchester y Londres para fundar la Telegraph Construction and Maintenance Cosnpany, y ya afluye el dinero. Entre los suscriptores figuran también los nombres de Thackeray y Lady Byron, que quieren fomentar la empresa nada más que por entusiasmo moral y sin interés pecuniario. Nada simboliza mejor el optimismo ambiente para la técnica y la máquina que animaba en Inglaterra a los grandes ingenieros en los tiempos de Stevenson y Brunel que el hecho de que un solo llamado baste para poner tan enorme cantidad de dinero a disposición de una obra enteramente fantástica, y a fondo perdido.

El costo aproximado de la colocación del cable es casi lo único que puede calcularse en esa empresa. No existe precedente alguno para la realización técnica, ya que en el siglo XIX jamás se ha pensado ni proyectado nada de tal magnitud. No es posible comparar la tarea de

tender un cable a través de todo el océano con la de tirar otro entre Dover y Calais, a través de una franja relativamente estrecha de agua. En este caso bastaba devanar, desde la cubierta de un simple vapor a paleta, treinta o cuarenta millas de cable que se desenrrollaban tranquilamente como un ancla. Cuando se trataba de colocar el cable en el Canal, podía esperarse tranquilamente un día de bonanza, aparte de que se conocía exactamente la profundidad del fondo del mar y se quedaba siempre a la vista de una u otra orilla, a resguardo, pues, de toda contingencia peligrosa; la unión pudo establecerse cómodamente en el término de un solo día. Pero en una travesía que supone por lo menos tres semanas de viaje ininterrumpido, un cable cien veces más largo y cien veces más pesado, no puede quedar expuesto en la cubierta de un barco a todas las inclemencias del tiempo. Por otra parte, ningún barco existente en ese tiempo es suficientemente grande para contener en sus bodegas ese gigantesco capullo de hierro, cobre y gutapercha, y ninguno es suficientemente poderoso como para soportar su peso. Hacen falta, por lo menos, dos vapores que a su vez deben ir acompañados por otros, que han de mantener el rumbo más corto y prestar auxilio en caso de accidente. El gobierno inglés pone a disposición de la empresa uno de sus buques de guerra más grande, el "Agamemnon", que luchó como nave capitana frente a Sebastopol; y el gobierno norteamericano presta el "Niágara", una fragata de cinco mil toneladas (el desplazamiento máximo de la época). Pero hace falta reformar completamente, esos dos buques para poder emplazar en ellos la mitad de la interminable cadena que debe unir dos continentes. El problema principal lo sigue constituyendo, sin embargo, el cable mismo. Ese cordón umbilical entre dos continentes ha de responder a exigencias inconcebibles. Este cable debe ser resistente e irrompible como una jarcia de acero, pero al mismo tiempo ha de ser elástico para ser devanado con facilidad. Debe resistir cualquier presión, soportar cualquier carga y, sin embargo, correr al mismo tiempo con la facilidad de un hilo de seda. Tiene que ser macizo pero no demasiado relleno, sólido y, sin embargo, bastante exacto para permitir que la menor onda eléctrica oscile a través de él a lo largo de dos mil millas. La menor rotura, la más mínima desigualdad en cualquier parte de este cable gigantesco, puede impedir la transmisión por esta vía que cubre un trayecto igual a quince días de viaje. Pero se hace un ensayo. Las fábricas tejen día y noche, y la voluntad demoníaca de un solo hombre pone en movimiento todas las ruedas. Se gastan montañas de hierro v cobre en la fabricación de ese solo cable y por él han de sangrar bosques enteros de árboles de la goma para proporcionar el revestimiento de gutapercha de tan enorme distancia. Nada revela más evidentemente las proporciones enormes de la empresa que el hecho de que en un solo cable tengan que entretejerse trescientas sesenta y siete mil millas de diferentes alambres, trece veces más de lo que bastaría para abarcar todo el mundo y lo suficiente para unir a la tierra con la luna. Desde la construcción de la torre de Babel, la humanidad no ha osado, en materia técnica, nada igualmente grandioso.

LA PRIMERA PARTIDA

Durante un año zumban las máquinas, e interminablemente pasa el alambre como un hilo delgado y corriente de las fábricas al interior de los buques, y por fin, después de miles y millones de revoluciones se halla enrollada una mitad del cable en cada buque. Ya están construidas y montadas también las nuevas máquinas, que provistas de frenos y dispositivos de retroceso, han de devanar ahora en una, dos o tres semanas, el cable, ininterrumpidamente,

hacia las profundidades del mar. Están reunidos a bordo los mejores electricistas y técnicos, entre ellos el mismo Morse, llamados a comprobar con sus aparatos si durante toda la colocación del cable la corriente no sufre interrupción. Integran la flota reporteros y dibujantes para describir con palabras y dibujos la partida más emocionante desde las de Colón y Magallanes.

Finalmente todo está listo para el viaje, y si hasta entonces los incrédulos estaban en mayoría, se interesa ahora toda Inglaterra apasionadamente en esa empresa. Centenares de pequeños botes y embarcaciones rodean, el 5 de agosto de 1857, en el pequeño puerto irlandés de Valentía a la flota portadora de los cables, para presenciar el momento histórico en que un cabo del cable es llevado en bote a la playa e incrustado en la firme tierra europea. La despedida se transforma espontáneamente en una gran solemnidad. El Gobierno envía a sus representantes, se pronuncian discursos, y en una alocución conmovedora, el sacerdote pide la bendición divina para la audaz empresa. "Dios eterno -exclama-, Tú que eres el único que extiendes los cielos y dominas la agitación de los mares, Tú a quien obedecen los vientos y las aguas, mira misericordioso a estos tus servidores... Manda y detén, con tu mandamiento, todo obstáculo, aparta toda resistencia que pudiera impedir la realización de esta importante obra." Y luego, desde la playa y el mar, se mueven saludando miles de manos y sombreros. Paulatinamente la tierra va hundiéndose en la penumbra. Uno de los sueños más osados de la humanidad trata de convertirse en realidad.

REYES

Originariamente se había proyectado conducir los barcos grandes, el "Agamemnon" y el "Niágara", cada uno de los cuales lleva la mitad del cable, conjuntamente hasta un punto prefijado en medio del océano, y sólo en este punto proceder al remache de las dos mitades. Luego uno de los barcos debía seguir hacia el Oeste, en dirección a Terranova, y el otro al Este; hacia Irlanda. Pero luego parecía demasiado arriesgado exponer todo el valioso cable en esta primera tentativa, y se resolvió entonces no colocar la primera parte desde la tierra firme hasta no saberse con toda exactitud si tal transmisión telegráfica submarina realmente funcionaria como se esperaba a través de tan grande distancia.

Se destinó el "Niágara" a colocar el cable desde la tierra firme hasta el medio del océano. La fragata americana viaja despacio, cautelosamente, dejando tras sí el cable, tal como una araña va dejando su filamento, sin interrupción. La máquina devanadora trabaja regularmente y el ruido que produce es el mismo que los marineros conocen desde siempre, el del cable en cuyo extremo se baja el ancla. Al cabo de pocas horas, los tripulantes ya no advierten ese rumor regular que les resulta tan natural como el latido de sus propios corazones.

Y prosigue el viaje mar adentro, y continuamente se hunde el cable en la estela del buque. Esta aventura no parece, en realidad, tener rada de aventurera. Pero en un camarote aparte están reunidos los electricistas que atienden sin interrupción sus aparatos e intercambian continuamente signos con la tierra firme de Irlanda. Maravillosamente, a pesar de que ya no se ve la costa desde hace mucho tiempo, la transmisión por medio de este cable submarino funciona tan claramente como el entendimiento entre una ciudad europea y otra. Ya la expedición ha salido de las aguas poco profundas y se ha llegado al llamado plano profundo, detrás de Irlanda, y aun cuando ya el barco lo ha cruzado, el cordón metálico sigue devanándose regularmente como la arena de un reloj, remitiendo y recibiendo mensajes, simultáneamente.

Ya se han colocado trescientas treinta y cinco millas de cable, más del décuplo de la distancia entre Dover y Calais; ya se han pasado dos días y dos noches de la primera inseguridad, y en la tercera noche, el 8 de agosto, Cyrus W. Field busca por primera vez un bien justificado descanso después de muchísimas horas de trabajo y emoción. Entonces, de repente -¿qué sucedió?- se interrumpe el ruido martillante. Y así como el durmiente se levanta sobresaltado en el tren cuando la locomotora para inesperadamente, así como el molinero salta de su cama cuando de repente se queda parada la rueda del molino, así despiertan en el acto todos los tripulantes y se abalanzan sobre la cubierta. La primera mirada sobre la máquina revela que el tambor está vacío. El cable escapó repentinamente al malacate. Fue imposible retener el cabo escapado, y más imposible todavía es encontrarlo ahora en la profundidad del mar, y recobrarlo. Sucedió lo más terrible. Un insignificante error técnico malogró el trabajo de años. Los que salieron tan audaces, regresan como vencidos a Inglaterra, donde el repentino cese de todo signo y señal se adelantó a la terrible noticia.

OTRO REVÉS

Cyrus W. Field, el único que queda inconmovible; héroe y a la vez comerciante, hace un balance. ¿Qué se ha perdido? Trescientas millas de cable, alrededor de cien mil libras de capital, y, lo que más le, aflige, probablemente, un año entero, irrecuperable. La expedición sólo puede esperar buen tiempo en verano y por ahora la época del año está demasiado adelantada. En la segunda hoja de su balance, registra una pequeña ganancia. Esta primera tentativa ha dejado una buena experiencia práctica. El cable ha resultado servible y puede ser guardado para la próxima expedición. Sólo hace falta reformar la máquina devanadora que causó la rotura fatal.

Así pasa un año en preparativos y en larga espera. Sólo el 10 de junio de 1858 los buques pueden reanudar el viaje, con renovado valor y cargando el viejo cable. Y como la transmisión de signos eléctricos funcionó perfectamente durante el primer viaje, se volvió al primitivo proyecto, y se dispuso iniciar la colocación del cable en medio del océano, tendiéndolo simultáneamente hacia los lados opuestos. Los primeros días de este nuevo viaje pasan sin que suceda nada digno de mención. Sólo al séptimo día debe comenzar en el lugar preestablecido la colocación del cable y con ello el verdadero trabajo. Hasta entonces, el viaje es o parece un paseo. Las máquinas descansan, los marineros están desocupados y pueden gozar del buen tiempo, el cielo está limpio y calmo, demasiado calmo quizás está el mar.

Pero al tercer día, el capitán del "Agamemnon" siente una secreta inquietud. El barómetro le demuestra que la columna de mercurio baja con una rapidez alarmante. Debe estar preparándose una tormenta singular y, efectivamente, al cuarto día se desencadena una tempestad como aun los marineros más probados pocas veces la han vivido en el océano Atlántico. Este huracán es singularmente fatal para el buque inglés. El "Agamemnon" es de por sí un vehículo excelente, que ha resistido las más duras pruebas en todos los mares y aun en la guerra, y por eso, el buque almirante de la marina inglesa debería resistir también a este temporal. Pero desdichadamente el buque fue completamente reformado para poder llevar la enorme carga del cable. No fue posible distribuir el peso regularmente como en cualquier buque mercante, sino que toda la carga pesa en el medio, y solamente una pequeña parte ha sido guardada en la proa, lo que tiene por consecuencia peor, todavía, que el movimiento de péndulo sea duplicado cada vez que la proa emerge o se hunde. Debido a esto la tempestad hace un juego peligrosísimo con su víctima, levantando el barco hacia izquierda y derecha,

Librodot

adelante v atrás, hasta un ángulo de 45 grados, mientras las olas inundan la cubierta y todos los objetos quedan destrozados. Y ¡nueva fatalidad! Uno de los golpes terribles que estremecen al buque desde la quilla hasta el mástil, destruye el depósito de carbón improvisado sobre la cubierta. Toda la masa cae como un granizo negro sobre los marineros, ya sangrantes y exhaustos. Algunos quedan heridos por el golpe, otros por los calderos que se vuelcan en la cocina. Diez días dura la tempestad; un marinero se ha vuelto loco y ya se piensa en una medida extrema: echar por la borda una parte de la fatídica carga del cable. Afortunadamente, el capitán se resiste a tomar sobre sí semejante responsabilidad y, al fin, resulta tener razón. Después de indecibles pruebas, el "Agamemnon" resiste el temporal de diez días, y a pesar de su gran atraso, encuentra a los demás barcos en el sitio fijado, en medio del océano, donde debe iniciarse la colocación del cable.

Sólo entonces se comprueba el daño que ha sufrido la valiosa y sensible carga de los alambres mil veces entrelazados, a consecuencia del constante balanceo. Los alambres han quedado enredados en distintos lugares, y la cobertura de gutapercha está rota o desgastada por el roce. A pesar de todo se hace una tentativa de colocar el cable, aunque con poca confianza, pero se comprueba entonces que sólo se han perdido unas doscientas millas de cable que desaparecen inútiles en el mar. Por segunda vez, hay que darse por vencidos y regresar sin gloria, en vez de triunfantes.

EL TERCER VIAJE

Los accionistas, enterados de la noticia fatal, esperan en Londres con los rostros demudados a su conductor y seductor Cyrus W. Field. En estos dos viajes se ha perdido la mitad del capital de la sociedad anónima, sin, que por otra parte hubiera quedado probada o realizada cosa alguna. Es comprensible que la mayoría diga ahora: ¡Basta! El presidente aconseja que se salve lo que pueda salvarse. Propone que se retire de los barcos el resto del cable inutlizable, para venderlo, si fuese menester, a menos de su costo y poner fin en seguida a este terrible proyecto de abarcar el océano. El vicepresidente comparte su opinión y envía su dimisión por escrito para manifestar así que no desea intervenir más en esta empresa absurda. Pero la tenacidad y el idealismo de Cyrus W. Field son inconmovibles. Declara que no se ha perdido nada, que el cable ha resistido brillantemente la prueba y que a bordo queda suficiente cantidad del mismo para repetir el ensayo, aparte de que la flota se halla reunida y está comprometida la tripulación. El temporal extraordinario acaecido durante el último viaje permitía, por otra parte, presagiar un periodo de hermosos días de bonanza. ¡Valor, y una vez más, valor! Aduce que ahora se presenta la única y última oportunidad para realizar una tentativa decisiva.

Los accionistas se miran unos a otros, cada vez menos seguros. ¿Deberían confiar realmente a este loco el resto del capital invertido? Pero como una firme voluntad siempre arrastra finalmente a los indecisos, Cyrus W. Field impone por fuerza la resolución de que se inicie ese nuevo viaje. El 17 de julio de 1858, cinco semanas después del segundo viaje desdichado, la flota abandona por tercera vez el puerto inglés.

Y nuevamente se confirma la vieja experiencia de que las cosas decisivas casi siempre se logran en secreto. Esta vez, la partida se realiza casi sin ser notada. No hay botes ni barcas que giren alrededor de los buques deseando felicidad, ninguna multitud se reúne en la playa, no se ofrece banquete de despedida alguno, nadie pronuncia discursos, ningún sacerdote implora la ayuda divina. Los barcos parten silenciosos, casi atemorizados, como si se dieran a

una empresa de piratería. Pero el mar los espera, gentil. En la fecha prefijada, el 28 de julio, once días después de la salida de Queenstown, el "Agamemnon" y el "Niágara" pueden iniciar la tarea en el punto convenido, en medio del océano.

Extraño espectáculo: los buques se colocan popa contra popa. Entre uno y otro se refunden los cabos del cable. Sin formalidad alguna, más aún, sin que los tripulantes demostrasen mayor interés por el suceso (están cansados ya de tentativas infructuosas), el cable de cobre y hierro se hunde entre los dos barcos hasta la mayor profundidad del océano, no explorado todavía con plomada alguna. Sigue todavía una salutación de bordo a bordo, de bandera a bandera, y el barco inglés toma rumbo a Inglaterra, el norteamericano a América. Mientras se distancian mutuamente, dos puntitos móviles en medio del océano, el cable los mantiene continuamente unidos, y por primera vez desde que los hombres tienen memoria, dos barcos pueden comunicarse entre si a través del viento y la ola, el espacio y la distancia, en lo invisible. Cada tantas horas, un barco comunica con señales eléctricas que pasan por la profundidad del océano, la cantidad de millas que ha cubierto, y el otro buque confirma, cada vez, que gracias al excelente tiempo ha salvado una distancia igual. Así pasa un día, otro, un tercero y un cuarto. El 5 de agosto, el "Niágara" puede informar que ya distingue la costa americana en Trinity Bay, Terranova, después de haber colocado no menos de mil treinta millas de cable, y el "Agamemnon" triunfa a su vez porque ya ha dejado aseguradas en el fondo del mar cerca de mil millas de cable, y distingue a su vez la costa irlandesa. Por primera vez llega ahora la palabra humana de país a país, de América a Europa. Pero sólo esos dos buques, los pocos centenares de hombres reunidos a su bordo, saben que se ha realizado la gran hazaña. Todavía lo ignora el mundo, que desde hace ya mucho olvidó esta aventura. Nadie los espera en la playa, ni en Terranova, ni en Irlanda: pero en aquel mismo segundo en que el nuevo cable transoceánico queda comunicado con el cable terrestre, la humanidad entera conocerá su imponente triunfo común.

EL GRAN HOSANNA

Por bajar este relámpago de la alegría de un cielo completamente limpio, su efecto es portentoso. El Viejo y el Nuevo Mundo reciben casi a la misma hora, en esos primeros días de agosto, la noticia de la obra llevada a feliz término. Su efecto es indescriptible. En Inglaterra, el "Times", de ordinario tan reservado, publica un editorial en el que dice: "Desde el descubrimiento de Colón no ha sucedido nada que en forma alguna fuera comparable a esta enorme ampliación de la esfera de la actividad humana". Y la City trasunta la mayor emoción. Pero esta alegría orgullosa de Inglaterra parece sombría y tímida en comparación con el entusiasmo huracanado que estalla en Norteamérica al recibirse allá la noticia. Los negocios quedan interrumpidos, las calles están invadidas de gente que pregunta, grita y discute, y de la noche a la mañana, Cyrus W. Field, un hombre enteramente desconocido, ha quedado convertido en héroe nacional. Se lo compara enfáticamente con Franklin y Colón; toda la metrópoli y cien otras ciudades tiemblan y resuenan en la espera de ver al hombre a cuya decisión se debe el "enlace de América y el Viejo Mundo". Pero el entusiasmo no ha llegado todavía a su grado supremo. Sólo se conoce la noticia escueta de que ha terminado la colocación del cable. Queda por saber aún si ese cable "habla". ¿Ha dado realmente resultado la gran proeza? Magnífico espectáculo: una ciudad entera, todo un país, espera y atiende una palabra sola, la primera palabra a través del océano. Se sabe que la reina de Inglaterra será la primera en enviar su mensaje, su felicitación, que se espera cada vez con más impaciencia.

Pero pasan días y días, porque un accidente casual ha interrumpido el cable que comunica Nueva York con Terranova, y sólo el 16 de agosto por la tarde el mensaje de la reina Victoria llega a Nueva York.

La comunicación oficial arriba demasiado tarde para que los diarios puedan publicar la ansiada noticia; sólo es posible informar al público por medio de letreros colocados en las oficinas de telégrafos y en las redacciones, y de inmediato se aglomeran enormes multitudes. Los canillitas tienen que abrirse camino por entre la masa, con los trajes hechos jirones y maltrechos ellos mismos. En los teatros y en los cafés proclaman la buena nueva, y miles de hombres que no acaban de comprender que el telégrafo puede adelantarse por muchos días al más rápido de los buques, corren hacia el puerto de Brooklyn, donde esperan en vano hasta altas horas de la noche, para saludar al "Niágara", el heroico buque de esa victoria pacífica. Al día siguiente, los diarios publican jubilosos con títulos grandes la noticia. "El cable funciona perfectamente", "Todo el mundo loco de contento". "Extraordinaria sensación en toda la ciudad", "Ha llegado el momento de celebrar una gran fiesta universal." Triunfo sin igual: desde que los hombres piensan, ninguna idea base propagado con su propia velocidad a través del océano. Ya resuenan en las fortificaciones cien disparos de cañón en señal de que el Presidente de los Estados Unidos acaba de contestar a la reina. Ahora ya nadie osa dudar. Aquella misma noche, Nueva York y todas las demás ciudades quedan iluminadas por decenas de miles de luces y antorchas. No hay ventana sin iluminación, y la alegría general no disminuye aun cuando en esa oportunidad se incendia la cúpula de la Municipalidad. El día siguiente trae nueva fiesta. Ha llegado el "Niágara" y está en la ciudad Cyrus W. Field, el gran héroe. El resto del cable es llevado triunfalmente a través de la ciudad y la tripulación del buque es objeto de grandes agasajos. Día tras día se repiten las manifestaciones en todas las ciudades hasta el océano Pacífica el golfo de México, como si América festejase por segunda vez la efemérides de su descubrimiento.

Pero no basta con eso. La verdadera marcha triunfal habrá de ser más grandiosa todavía, más soberbia que todas cuantas el Nuevo Mundo jamás haya presenciado. Los preparativos duran dos semanas, pero luego, el 31 de agosto, toda una ciudad celebra a un hombre solo, Cyrus W. Field, como desde los tiempos de los Emperadores y Césares ningún otro triunfador ha sido agasajado por su pueblo. En ese hermoso día otoñal recorre las calles un desfile que necesita seis horas para llegar de un extremo al otro de la ciudad. Lo encabezan unos regimientos del ejército con sus bandas y banderas; tras ellos siguen por las calles adornadas y embanderadas, las sociedades corales, los bomberos, los colegios y los veteranos, en infinita sucesión. Todo lo que pueda marchar, marcha; todo lo que pueda cantar, canta, y todo el que puede prorrumpir en júbilo, anima su voz. Cyrus W. Field es conducido como un antiguo triunfador en un coche tirado por cuatro caballos; en otro igual le sigue el comandante del "Niágara", y en un tercero, el Presidente de los Estados Unidos; tras ellos siguen el alcalde, los funcionarios y los profesores. No termina la cadena ininterrumpida de discursos, banquetes, desfiles de antorchas; se echan a vuelo las campanas, truenan los cañones y no acaba el júbilo que en vuelve al nuevo Colón, al unificador de ambos mundos, al vencedor sobre el espacio, al hombre que en esta hora es el más glorioso y más endiosado ser de América, Cyrus W. Field.

EL GRAN DESENCANTO

Miles y millones de voces gritan jubilosamente en ese día. Una sola, la más importante, permanece extrañamente muda durante esos festejes: el telégrafo. Es posible que Cyrus W. Field intuya en medio del júbilo la terrible verdad, y habría de ser horrible para él ser el único que supiera que el cable atlántico ha dejado de funcionar en ese día, después de haber registrado en los últimos pasados nada más que unos signos confusos, apenas perceptibles. Aun nadie sabe ni sospecha ese lento fracaso, fuera de los pocos hombres que en Terranova controlan la llegada de los mensajes, y aun ellos titubean días y días, en vista del descomunal entusiasmo, para hacer llegar la amarga novedad a los jubilosos. Sin embargo, llama la atención la escasez de noticias. AmérIca había esperado que ahora llegarían a cada hora noticias a través del océano, y en su lugar sólo recibe muy de tarde en tarde alguna vaga e incontrolable información. No transcurre mucho tiempo antes de que pase de boca en boca el rumor de que, ansiosos y ambicionando obtener transmisiones mejores, se habían enviado unas cargas eléctricas demasiado fuertes, destrozando con ellas el cable, que ya de por sí no era suficientemente eficaz. Se alienta todavía la esperanza de poder salvar el inconveniente. Pero pronto resulta ya imposible negar que los signos han llegado cada vez más imprecisos e incomprensibles. Al día siguiente al de los grandes festejos, el 1° de septiembre, no se recibe a través del mar ningún sonido claro, ninguna oscilación nítida.

Nada perdonan los hombres menos que el haber quedado desengañados después de haberse sinceramente entusiasmado y al verse defraudados por un hombre de quien lo esperaban todo. Apenas se comprueba la verdad del rumor respecto al fracaso del tan alabado telégrafo, la ola apasionada del júbilo se convierte en otra de maliciosa amargura e inculpación contra el inocentemente culpable Cyrus W. Field. Se afirma en la City que él ha engañado a una ciudad, un país, un mundo; que él sabía del fracaso del telégrafo, pero que se hacia celebrar egoístamente aprovechando el tiempo para vender entretanto sus acciones, con enormes beneficios. Toman cuerpo otras calumnias peores todavía, entre ellas una -la más extraña, quizás, de todas- que afirma perentoriamente que el cable atlántico jamás había funcionado, que todos los mensajes habían sido un "bluff" y que el telegrama de la reina de Inglaterra había sido redactado de antemano, sin ser transmitido jamás por el telégrafo transatlántico. Se rumorea que ninguna noticia había llegado en todo ese tiempo claramente a través del mar, y que los directores sólo habrían redactado telegramas imaginarios, basados en presunciones y signos aislados. Se produce un verdadero escándalo. Los que ayer prorrumpieron en los más agudos gritos de júbilo, son los mismos que protestan ahora más vigorosamente. Toda una ciudad, un país entero, se avergüenza por su entusiasmo prematuro y su sobreexcitación. Se elige a Cyrus W. Field para víctima de esa ira. El hombre que ayer fue considerado héroe nacional, hermano de Franklin y sucesor de Colón, tiene que esconderse ahora como un criminal, de los que fueron sus amigos y admiradores. Un solo día ha creado todo, y un solo día ha destrozado todo. La derrota es completa, se ha perdido el capital, se ha perdido la confianza, y como la legendaria serpiente Midgard, yace el cable inútil en las profundidades del océano, inaccesible a la vista.

SEIS AÑOS DE SILENCIO

Por espacio de seis años, el cable permanece olvidado y sin provecho en el mar; durante seis años vuelve a reinar el viejo y frío silencio entre los dos continentes, que en un momento histórico palpitaron al unísono. América y Europa, que habían estado unidas por la duración de un hálito, el tiempo preciso para decir unos centenares de palabras, vuelven a estar separadas como desde milenios, por una lejanía invencible. El proyecto más audaz del siglo XIX, que ayer mismo fue casi una realidad, ha vuelto a convertirse en una leyenda, un mito. Desde luego, nadie piensa en reanudar la obra lograda a medias; la terrible derrota paralizó todas las fuerzas y ahogó todo entusiasmo. La guerra de la independencia desvía en Norteamérica todo interés. En Inglaterra sesionan muy de tarde en tarde comités, pero necesitan dos años para dejar constancia, trabajosa v escuetamente, de que, en principio, existe la posibilidad de que funcione un cable submarino. Pero de este informe académico a la realización práctica hay un trecho que nadie se atreve a recorrer. Durante seis años, todo trabajo yace paralizado absolutamente como el olvidado cable en el fondo del mar.

Pero seis años, si bien sólo constituyen en el espacio enorme de la historia nada más que un momento breve, significan un milenio para una ciencia tan joven como la electricidad. Cada año, cada mes, revela en esta materia nuevos descubrimientos. Las dínamos son cada vez más potentes y precisas, la aplicación de la electricidad cada vez más múltiple, y son cada vez más exactos los aparatos. La red telegráfica encierra ya el espacio interior completo de todos los continentes, ya atraviesan sus cables el Mediterráneo, uniendo África y Europa. Es así como el proyecto de transponer el océano Atlántico pierde año tras año, insensiblemente, su carácter fantástico que le había sido propio durante tan largo tiempo. Tiene que llegar indefectiblemente la hora en que se renueve la tentativa. Sólo falta el hombre que provea al viejo proyecto de nuevas energías. De pronto, este hombre se presenta, y he aquí que es el de antes, Cyrus W. Field, resurgido con la misma fe y con la misma confianza, del destierro silencioso y del desprecio burlón.

Ha cruzado el océano por trigésima vez y se presenta en Londres. Consigue reunir seiscientas mil libras esterlinas para garantizar con nuevo capital las viejas concesiones. Ya dispone también del soñado barco gigantesco que puede transportar por sí solo la enorme carga; es el famoso "Great Eastern", que desplaza veintidós mil toneladas y está provisto de cuatro chimeneas, obra de Isambar Brunel. Y milagro sobre milagro, en este año de 1865, ese vapor no es utilizado, porque él también ha sido audazmente proyectado adelantándose al tiempo. Es posible adquirirlo en el término de dos días, y prepararlo para la expedición.

Todo lo que antes resultaba infinitamente difícil, es ahora muy simple. El 23 de julio de 1865 el buque mastodonte abandona el Támesis, llevando a bordo un cable nuevo. Aun cuando fracasa la primera tentativa, y dos días antes de llegar a la meta el cable se rompe y el océano insaciable traga otra vez seiscientas mil libras esterlinas, la técnica ya domina la materia lo suficiente como para no dejarse amilanar. Y cuando, el 13 de julio de 1866, el "Great Eastern" sale por segunda vez, el viaje se torna triunfal. El sable habla ahora clara e inconfundiblemente a Europa. Dos días después, se encuentra el cable viejo, perdido, y dos lazos unen ahora al Viejo Mundo y el Nuevo Mundo, convertidos en uno solo. El milagro de ayer se ha transformado en lo natural de hoy, y desde aquel momento el mundo responde, como quien dice, a un solo latido de corazón, y oyendo y comunicándose, la humanidad vive ahora una vida simultánea desde un extremo al otro de la Tierra, divinamente omnipresente, gracias a su propia potencia creadora. Y en virtud de su triunfo sobre el tiempo y el espacio, constituiría ahora y para siempre una magnífica unidad, si no la confundiese una y otra vez la

manía fatal de malograr incesantemente esa unidad grandiosa y destrozarse a sí misma con aquellos medios que le han facilitado el dominio sobre los elementos.

Librodot